

Tratado sobre la convivencia

JULIÁN MARÍAS

“La verdad os hará libres”. Cada vez parece más evidente esta promesa evangélica: la verdad es la condición misma de la libertad, porque el error -no digamos la falsedad- conduce inevitablemente a la servidumbre. Una gran parte de los males de este mundo, aquellos que son en principio evitables, porque dependen de las conductas humanas y no de la estructura de la realidad, proceden de las malas relaciones con la verdad, que pueden llegar a la aversión hacia ella, a que sea considerada como el enemigo que hay que evitar o destruir. La falta de claridad sobre esto hace que no se entienda gran parte de lo que ha sucedido a lo largo de la historia y sigue aconteciendo en la actualidad.

No sólo la libertad es consecuencia de la verdad, de su descubrimiento y aceptación. Lo es igualmente la concordia. Conviene no confundirla con la unanimidad, ni siquiera con el acuerdo. La diversidad de lo humano, la índole conflictiva, excluye la homogeneidad, la unanimidad, que siempre es impuesta, precisamente a costa de la verdad, de su desconocimiento o falsificación. El desacuerdo es muchas veces inevitable. Pero se puede confundirlo con la discordia.

Esta es la negación de la convivencia, la decisión de no vivir juntos los que discrepan en ciertos puntos en algunas cuestiones en que el acuerdo no parece posible. Las diferencias no pueden llegar al olvido de los elementos comunes, en los que se funda precisamente la posibilidad de la convivencia. Y esta palabra española me parece preciosa: en muchas lenguas no existe, y la sustituye la voz “coexistencia”, que es cosa muy distinta.

Coexiste todo lo que existe juntamente y a la vez. Las cosas coexisten, y el hombre con ellas; convivir es vivir juntos, y se refiere a las personas como tales. Es decir, con sus diferencias y sus discrepancias, con sus conflictos, con sus luchas dentro de la convivencia, de esa operación que consiste en vivir juntos.

Esto es precisamente la concordia, cuya condición es el escrupuloso respeto de lo que es verdad, es decir, de la estructura de la realidad. Lo cual excluye la homogeneidad, la unanimidad, que rara vez existe; y otro tanto el desconocimiento de los factores comunes, desde la condición humana hasta la contemporaneidad, es decir, la pertenencia a un mundo que, si no es uno, está en presencia y dentro de un sistema de relaciones mutuas; y por supuesto, todas las unidades, históricas, sociales, culturales, no menos reales que la diversidad y las diferencias.

Vivir para el hombre no es una empresa demasiado fácil. No tiene más remedio que acertar; su vida es permanente inseguridad; no tiene un eficaz sistema de instintos que orienten y regulen su conducta; tiene proyectos, y hay que decidir si son o no realizables, y si son conciliables con los de los demás hombres. Por eso el error, tan infrecuente en la vida animal, es la amenaza constante de la humana. Por eso el hombre no tiene más remedio que *pensar...* y usar la *razón*, que no siempre posee en grado necesario, sino que -y esto es lo decisivo- necesita, sin la cual no puede vivir humanamente. (p 9-10)

No se debe ser intransigente ni intolerante. La política, en particular, no debe serlo... Pero esa actitud, que es inteligente y noble, que favorece la convivencia, tiene algunos límites, que conviene recordar. Hay algo que no se puede sacrificar, porque significa una violencia ejercida sobre algo que tiene los sumos derechos; la realidad. Esta es irrenunciable, y si se le es infiel, las consecuencias son gravísimas.

La razón es que la realidad “no desiste”. Los deseos humanos o la voluntad pueden hacerlo... La realidad tiene una estructura que hay que reconocer y aceptar; si se la desconoce o niega, “se venga” a su manera, con un sistema implacable de resistencias.

Pero la realidad no es solo física: es también humana, personal, social, histórica. Sus estructuras son más complejas, y por eso más difícil de descubrir y precisar, pero no por ello son menos efectivas. Y el error respecto a ellas, o la falta de respeto, se pagan con desastres (p. 28)

...no engañarse ni engañar a los demás. El error es posible, hay “derecho” a él, con la condición de que se reconozca y rectifique... (pp. 33-34)

...No ha desaparecido el negativismo, que lleva a ocultar o desfigurar hasta lo más evidente, que se obstina en sustituir la realidad por su hueco, por una serie de ficciones carentes de imaginación, monótona insistencia en la mera negación. Se podría hacer un interminable catálogo de omisiones, destinadas a convencer de la nulidad de todo lo que han hecho... Hay organizaciones, instituciones, publicaciones, dedicadas sistemáticamente a esa operación, con una minuciosidad que asombra.

[...]

Si nos preguntamos por las causas de esa automática voluntad de negación, tenemos que pensar en un profundo descontento de sí mismos, individual o colectivo. Se descubre un rencor acumulado, una frustración personal o proyectada sobre un grupo social con el cual se identifican, y que puede ser una invención inexistente.

No se perdona no haber hecho las cosas grandes con las que se puede contar; en lugar de intentar hacerlas -siempre se está a tiempo- se prefiere negarlas...(pp 41-42)

Un programa para el siglo XXI podría ser: la reconciliación del hombre con la verdad, y esto sería, por supuesto, la reconciliación del hombre consigo mismo. Es decir, con su condición personal, con su irrenunciable libertad, con su noble realización como varón y mujer, con su carácter histórico y a la vez proyectivo , con su mortalidad y su esperanza, con su absoluta necesidad de buscar la verdad para nutrirse de ella. (p 64)

(Cfr. fragilidad de la evidencia.)

Sobre todo cuando se cambia de perspectiva quiero decir que en un contexto determinado, cuando se ha percibido esa verdad evidente, se la ha comprendido y compartido; pero si se vuelve la mirada en otra dirección, si se piensa -y sobre todo “vive”- en dimensiones diferentes, se produce una extraña evaporación de la evidencia apenas poseída, y por eso hablo de su “fragilidad”.

Esto me parece extraordinariamente grave. Es el mayor obstáculo con que tropieza la difusión de lo verdadero, justificable, responsable. Se gana y se pierde, según los momentos, las épocas, las situaciones sociales. En algunas, se pierde más que se gana. Es la explicación de los grandes desastres que sobrevienen a porciones de la humanidad, y que resultan inexplicables si no se tiene en cuenta este riesgo permanente...

Por poner un ejemplo que no tenga aire político y por tanto no sea propicio al enturbiamiento de las ideas, y que es a la vez clave de esa fragilidad en nuestro tiempo, me referiré a la condición propiamente humana, a lo que es nuestra vida, la de cada uno de nosotros, de las personas que somos. Lo somos, queramos o no, y vivimos de hecho desde esa forma de realidad que nos pertenece. Así se ha sentido siempre, y lo refleja espontánea e inequívocamente la lengua, que nunca confunde “qué” y “quién”. Pero se ha ido imponiendo y

generalizando, sobre todo en los tres últimos siglos, una tendencia a la “cosificación” de toda la realidad.

Los estímulos son muy fuertes, y se justifican: rodeados de cosas, las usamos todo el tiempo, tenemos que enfrentarnos con ellas, entenderlas y manejarlas. La mayor parte de la ocupación humana, incluso intelectual, consiste en tratar con cosas. Los conceptos usados constantemente se refieren a ellas.

Pero ocurre que nosotros no somos cosas, sino personas. Algo radicalmente distinto, definido por atributos enteramente propios y originales, irreductibles. No “somos” propiamente, sino que “vivimos”; no somos exclusivamente reales, sino que consistimos esencialmente en irrealidad -imaginación, proyección, inseguridad-; somos realidades dramáticas, elegidas por nosotros mismos, que imaginamos quiénes pretendemos ser e intentamos realizarlo.

Nada comparable a las cosas, aunque hagamos nuestra vida con ellas, aunque algo de nuestra realidad sea “cosa” -aquello con lo que hacemos nuestra vida-. Es esto tan evidente, que apenas se dice lo comprenden todos. Pero al cabo del tiempo, cuando vuelven los ojos en otra dirección, muchos dejan de verse como personas y aceptan pasivamente la “cosificación” que se les ofrece insistentemente desde todas partes. Abandonan la evidencia que han poseído transitoriamente y recaen en el error inveterado de verse como cosas, como lo que no son ni pueden ser.

El hombre tiene que hacer su vida, ciertamente con las cosas; pero tiene que afirmar su realidad, con la tensión creadora que es su condición y su destino, evitando que las cosas tiren de sus pies y lo reduzcan a lo contrario de su realidad. Ser hombre es un permanente e inseguro esfuerzo de hominización, una conquista de lo que es: una persona. (pp 93-95)

El espíritu que siempre niega (definición que Goethe da del diablo) [...]

...En los individuos es algo patológico, una enfermedad, que no suele ser orgánica, si siquiera psíquica, sino más grave: personal.

Casi siempre nace de un profundo descontento de uno mismo, no de lo que le ha pasado sino de lo que es; a veces el afectado por esa dolencia intenta convencerse de que la causa de su negativismo es su mala suerte, las desventuras que ha padecido, las injusticias de que ha sido objeto. Esto es falso; he conocido a algunas personas cuya vida ha sido una larga serie de contratiempos, privaciones, desgracias pretericiones, y el resultado han sido ejemplos admirables de cordialidad, efusión, capacidad de entusiasmo, incluso ese fondo de alegría que procede de estar en paz con uno mismo.

El odio es algo misterioso y aterrador, que contradice la condición amorosa propia del hombre, una inversión de lo más hondo de lo humano. La envidia es la forma más frecuente e intensa de esa actitud pero no se la debe confundir con la ambición; la rivalidad, la emulación, que hace mirar con malos ojos a los que “hacen sombra”, tienen más éxito o simplemente son superiores. Hay formas casi normales de envidia, repugnantes pero a última hora veniales. La verdadera envidia es universal: se extiende a las actividades o condiciones más ajenas. La mueve ese extraño “rencor contra la excelencia” que es uno de los aspectos más sombríos de las tentaciones humanas.

En la vida colectiva, la negatividad adquiere formas muy diversas. Suele tener, como casi todos los fenómenos sociales, un origen individual; procede de una persona, o unas cuantas ligadas por vínculos muy estrechos, con los rasgos que acabo de mencionar, que se comunica o contagia a otros, tal vez en gran número. Acontece entonces un proceso de “socialización”: principios, normas, disciplina, hasta llegar a una “vigencia” más o menos coactiva.

El punto de partida puede ser la defensa de ciertos intereses identificados con un grupo étnico, económico, ideológico, religioso. Se da por supuesto algo que “hay que aceptar” y que puede ser discutible o simplemente verosímil. Una actividad de proselitismo provoca el contagio de

lo que originariamente era muy limitado. Se desarrolla una “lealtad” a aquello que normalmente no se aceptaría, pero, cuyo rechazo se interpreta como “traición”. Nadie se atreve a no estar en el círculo de los “elegidos”.

Este es el origen de la mayoría de las sectas, que ejercen sobre sus miembros una presión esclavizadora, combinada con una exaltación que intenta compensar la efectiva servidumbre. Cuando el negativismo se apodera de un partido político, de una variedad de religión, de una ideología, el resultado es la agresividad, el exclusivismo, la hostilidad que puede llegar a extremos cuya culminación es el terrorismo.

Lo más interesante es el carácter patológico de todos estos fenómenos. Y es así porque consiste, como antes dije, en una inversión de la verdadera condición humana. Esto no parece evidente, porque se tiene de la enfermedad una concepción estrecha, la referente al organismo, la somática. A lo sumo, se tiene en cuenta lo psíquico y se admite la enfermedad de que se ocupa la psiquiatría. Casi siempre queda fuera la enfermedad “personal”, la que afecta a la vida misma en lo que tiene de biográfico y humano individual o colectiva e histórica.(pp 101-103)

Y hay un rasgo común a todas las formas de negativismo, desde las estrictamente individuales hasta las que envuelven países enteros: la obturación del porvenir. Como la vida humana es proyectiva, consiste en anticipación, invención, innovación constante, lo que la afecta en realidad última invierte todo eso. El negativismo anula los proyectos, atrofia la imaginación, angosta el horizonte vital, anula la limitada pero posible capacidad humana de creación. De ahí la pavorosa esterilidad de todo negativismo, la inferioridad que asegura a personas, partidos, pueblos que se dejan dominar por él.

No se puede esperar nada de ellos y esto ha de entenderse literalmente. Menos peligroso es caer en lo contrario; la falta de crítica, de rechazo de lo indeseable, la benevolencia y el deseo de aceptar lo real puede ser algo peligroso; pero no produce el anquilosamiento, la paralización de las funciones vitales es decir, biográficas. Cierta ingenuidad, una dosis de inocencia tiene riesgos evidentes pero no es la muerte, es una forma problemática de vida; y acaso, en cierta dosis, una condición de la capacidad creadora. (p 104)

...Hay personas, asociaciones, grupos, partidos, que se dedican a “infernar” (Inquietar, perturbar, irritar.)

Algunos individuos tienen una curiosa “vocación” para ella, y la ejercen “por libre”, casi siempre para compensar la incapacidad de “hacer” algo propio. Pero usualmente se asocian, buscan cobertura de alguna colectividad, ingresan en algún grupo o cofradía...

Los que se oponen “a todo”, los que objetan automática e invariablemente resultan por ello “previsibles”. Ya se sabe lo que van a decir, cómo van a reaccionar. Esto les quitaría eficacia si los demás se dieran cuenta de ello, lo dieran por descontado, esperaran la acción que llagará, puntual como un eclipse.

Y hay un criterio indefectible: la acción de infernar se aplica invariablemente ante lo que está bien, ante el acierto, la verdad, la buena intención. Se podría usar como criterio de estimación la respuesta que algo suscita entre los “infernadores” profesionales. Ante la actitud airada y aviesa se puede sospechar que ha aparecido algo estimable y valioso.

Esto se extiende a las personas. Cuando se señala con la hostilidad automática a alguien que ha aparecido -o reaparecido- en el horizonte, hay que mirar, porque lo probable es que se trate de alguien en quien se puede esperar y confiar. En este sentido, se dispone de un método de orientación que rara vez se utiliza.(pp 105-107)

[“No hay que intentar contentar a los que no se van a contentar”.]

... Este elemento de hostilidad, de agresividad, me parece esencial, y es revelador del resentimiento que aqueja a este tipo de pícaro [*Guzmán de Alfarache*], no al “niño inocente” que es Lazarillo. El pícaro no tiene buena idea de sí mismo; siente un profundo descontento de su realidad, no se estima, y procura conseguir algo equivalente a costa del prójimo. Fue un rasgo inquietante de la España del siglo XVII, en contraste con la fantástica generosidad y apertura de Cervantes, el hombre lleno de “filias” y sin “fobias”, que derrama benevolencia por todas partes; que, cuando roza la picaresca en *Rinconete y Cortadillo*, la llena de humor y de luz. (p 109-110)

Las alteraciones de la percepción son sumamente graves, y casi siempre responden a un malestar de la percepción propia. La vida humana es “transitiva”: parte de sí misma, de su centro, pero se dispara en varias direcciones, hacia personas, cosas, asuntos, problemas, metas. Una persona sana dedica la mayor parte de su atención a lo que no es ella; al hacerlo, claro es, está presente, pero precisamente en la forma de verterse sobre lo ajeno; la culminación de esto es el amor efusivo, lo más precioso que nos es posible.

Por eso el hombre sano, incluso cuando es ambicioso, consiste primariamente en sus proyectos. Quiere “hacer” algo, que sea interesante y valioso por sí mismo, aunque lo haga contando con que vierta sobre él alguna “gloria”, cierto resplandor. La escasez o pobreza de proyectos es otro síntoma de anormalidad. Y esto hace que los “propósitos”, lo que se proponen las descontentadizos incurables, sean siempre algo negativo, sin contenido propio, casi siempre sin porvenir, una especie de “clausura” sin horizonte.

Esta actitud es terriblemente monótona, y por eso fatigosa. Por lo pronto, para el que la padece, porque se mueve en un espacio angostísimo, dando vueltas y vueltas a lo mismo, encerrándose en el propio descontento, sin abrirse al resto de la realidad, sin querer darse ni percibir nada de ella. Al cabo de algún tiempo, se vive en una fantasmagoría que se convierte en lo que podría llamarse una “prisión interna”.

Y esa fatiga se extiende a los demás, a los que tienen que convivir con los eternos descontentadizos. Ya se sabe lo que van a hacer, lo que van a decir: está previsto, sin esperanza de novedad y sorpresa. Y sin esperanza de cambio, de llevarlos a una visión real y razonable de las cosas. Lo cual no puede tener sino malas consecuencias. Hay un momento en que se siente que ante esa actitud hay que “dejarla por imposible”, es decir, renunciar a superarla.

No es fácilmente curable esa disposición de ánimo, que además es contagiosa; puede partir de un núcleo reducido, acaso mínimo, y difundirse, nutriéndose de sí misma. Pero hay que intentarlo siempre, sin descanso. Los estados de sonambulismo pueden tener remedio. (pp 111-112)

No tener libertad es malo, pero es mucho más grave no ser libre. Muchas veces he pensado y dicho que, salvo en condiciones extremas, siempre se tiene alguna libertad: la que uno se toma, con tal de estar dispuesto a pagar por ello algún precio.

Ejemplo máximo de esta actitud es, como tantas veces, Cervantes durante sus cinco años de cautiverio en Argel: en ese largo tiempo conservó su libertad, no solo para intentar evadirse varias veces y hacerse responsable de ello, sino hasta para no odiar a los que lo mantenían cautivo o lo delataban. Mantuvo la libertad de sus actos y, lo que es más admirable, la de sus pensamientos y sentimientos. (p 113)

Más grave es la cautividad “voluntaria”, la de los que han ejercido su libertad para renunciar a ella para dimitir de su condición. Se pensará, y con razón, en la cautividad política, que es la más frecuente y notoria, pero no es la única. Hay gentes que se entregan a una observancia

determinada, que aceptan todo o que proceda de ella, sin discusión, a prueba de decepciones, que no son reconocidas ni aceptadas. Hay cautivos de un partido haga lo que haga, pase lo que pase, incondicionalmente, que cambian esa condición personal por esa filiación.

Esta voluntad de sumisión a veces se interpreta y justifica como “lealtad”, fidelidad a una persona a quien se diviniza y confiere un carácter sobrehumano... (Cfr. ejemplos: totalitarismos, deporte, arte, periódico).

Con los cautivos voluntarios no se puede discutir, ni siquiera hablar. Una palabra nobilísima, que lleva decenios de profanación, es “diálogo”. Puede ser admirable valioso, inapreciable; basta nombrar a Platón. Pero la primera condición es que sea posible, que haya un acuerdo sobre aquello de que se habla que sea inteligible y que cada uno esté dispuesto a admitir la evidencia, aunque sea descubierta y propuesta por otro. La inmensa mayoría de los “diálogos” de los últimos decenios son falsificaciones estériles, cuando no destructoras. (pp 113-115)

El único acuerdo posible es la aceptación de la realidad, el respeto a ella. Se pueden tener opiniones diversas respecto a una cosa, pero mientras se la tiene delante, ella misma impone su estructura, obliga a concordar parcialmente, establece un torso con el cual hay que contar, al que se pueden añadir matices que no son necesariamente inconciliables. Lo malo es que cada uno “invente” una realidad inexistente y se aferre a ella sin admitir otra posibilidad. Es la fórmula misma del fanatismo, que a su vez es una de las variedades de envilecimiento del hombre.

El porvenir del hombre, no solo político, sino intelectual, cultural, simplemente humano, es decir, personal depende de la superación de todas las formas de cautividad. Desde fuera, si es posible; pero sobre todo desde dentro. El que se reconoce cautivo de algo o alguien, está salvado, porque ha iniciado la vuelta a sí mismo, la reconquista de su personalidad enajenada. (p 116)

Las mentiras, por notorias que sean, se echan en saco roto, se leen o escuchan sin pestañear, no traen para el que las emite las consecuencias que serían de esperar. No es “expulsado” de la comunidad de las personas con quienes se puede dialogar; se entablan discusiones, sin reclamar primero la rectificación o la justificación de lo dicho. De este modo, se corrompe y pervierte lo que podría ser el “diálogo”, palabra nobilísima de la que tanto se ha abusado en los últimos tiempos. El diálogo tiene sus requisitos, ante todo la veracidad y la coherencia; de otro modo se convierte en su profanación. (p 122)

[Respetto a la libertad de expresión]

,,, Lo que no puede aceptarse es que alguien se despache a su gusto a costa de la dignidad de otros, o de la realidad misma, que es lo más respetable de este mundo, y todo siga como antes, sin sanción ni consecuencia.

Se pensará quizá que todo eso es “cuestión de palabras”, a última hora sin mayor importancia. Creo todo lo contrario: las cuestiones de palabras son las más graves y peligrosas. Por mi edad he asistido a la génesis desarrollo y consecuencias -tan largas- de la guerra civil. Y estoy persuadido de que su causa, más que cuestiones “de hecho”, fueron las cosas agresivas, irresponsables, falsas, que se dijeron a ambos lados; fueron las que llevaron a que hubiese dos siniestros “lados” fraticidas y destructores. (p 123)

...la realidad es lo más tenaz, porque no desiste. (p 124)

...Verdad -en griego “alétheia”- es desvelamiento, patencia, manifestación, iluminación. Consiste en que lo real aparezca, relumbre, brille. Si esto falta, algo no será falso, pero no resplandecerá en su verdad. (p 136)

[“Espíritu positivo”]... : la actitud que propende a ver lo bueno, a retener y subrayar el aspecto valioso de lo real. Se contrapone a lo que podríamos llamar el espíritu negativo o “negativista”, que busca, casi siempre con afán, el lado peor de las cosas, lo que les falta, lo que disminuye su realidad, las manchas que las afean. Hay personas que no pueden soportar la perfección, ni siquiera la incompleta que suelen alcanzar hombres y mujeres, realidades naturales, obras humanas. Buscan ávidamente los defectos, se alivian cuando los encuentran, y en todo caso los fingen e inventan. Parecen nutrirse de las faltas, carencias, errores: en suma, del mal.

El espíritu positivo, por el contrario, sufre cuando tropieza con todo eso; no deja de verlo, tal vez es más verdaderamente sensible a ello, porque se alimenta de realidad, la necesita, deriva su alegría de ella, se complace al hallarla. Se llama muchas veces “espíritu crítico” al negativismo, lo cual es un error: el espíritu crítico consiste en mirar atentamente lo real, distinguir lo bueno de lo malo, lo existente de lo carente, “le vrai d’avec le faux”, lo verdadero de lo falso, como decía Descartes.

El negativismo suele tener “buena prensa” y ser elogiado... [...] Donde no hay más que rencor, despecho, en los casos más graves odio, no puede residir la verdad, y por tanto aquello no se puede tomar en serio. (p 137-138)

[El demonio, “el espíritu que **siempre** niega”]

Esa monotonía hace que, en cualquier circunstancia, sepamos ya lo que algunos van a decir. Van a “oponerse”, a “descalificar”, a “condenar” -sobre todo si se trata de algo bueno, inteligente o acertado-. Lo peor de todo, y lo más difícilmente curable, es que el negativista lo es primariamente de sí mismo. Tiene un profundo descontento, tal vez un desprecio de su propia realidad. Y esto es también un error, un error más: ninguna persona como tal es despreciable; lo son sus actos, sus palabras, su conducta; la persona misma, no. Y por eso la adversa sentencia que el negativista pronuncia silenciosamente contra sí mismo no tiene por qué ser definitiva. Su mal no es incurable,.. precisamente porque el hombre es libre y tiene la capacidad de volver sobre sí mismo, rectificar, arrepentirse, escapar del error.

El espíritu positivo esta alerta ante la realidad entera. No la confunde con ciertas porciones de ella, que están ahí, en su puesto, que en últimas cuentas es bastante reducido. Ahora que se hacen tantas estadísticas y sondeos, sería interesante comparar el desplazamiento de lo malo y dañoso en la imagen que presentan los medios de comunicación con el puesto real que tiene en el mundo. Y no digamos si no pensamos solo en “el mundo”, en el planeta que habitamos, sino en la realidad íntegra, pasada y presente, futura o simplemente posible, en lo que se puede imaginar, esperar y, en alguna medida, hacer. (p 140)

Ningún pensamiento complejo y fiel de lo que se ve tiene grandes probabilidades de ser popular, de alcanzar amplio prestigio, de convertirse en un “ismo” que acaso altere gran parte del mundo. Las ideologías que en nuestro tiempo han adquirido enorme difusión y aceptación, que han tenido influjo social o político, que han fundado escuchas intelectuales, han sido susceptibles de simplificación, de expresarse en “fórmulas” que pueden repetirse y circular sin ser repensadas, puestas a prueba, en suma, entendidas.

Si se desea popularidad, fama, poder, ese es el camino. Si se aspira a algo más modesto, ver cómo son las cosas,, comprenderlas, poner unas en relación con otras, iluminar una parcela de lo real con esa luz que se llama verdad, hay que dar un paso atrás antes de dar por buena una

idea, dejar que entren en el campo visual los elementos que están ligados a lo que se está considerando, y no dar ninguna conclusión por definitiva. Cuando se ha visto algo con claridad, no se ha hecho más que empezar. Hay que seguir mirando, pensando, avanzando hasta donde sea posible. (p 144)

Tengo la impresión de que cuando se dice algo justificado, con respeto a la realidad, los que oyen o leen descubren su verdad, acaso su evidencia, incluso su necesidad, la convicción de que “así es”, de que “tiene que ser así”, y se movilizan hacia una postura que lo tiene en cuenta. Si en algo tengo esperanza es en esta reacción a la verdad manifestada, hecha patente - en eso consiste la verdad.

Y, sin embargo, no se puede confiar demasiado; tan cierta es esa actitud como su fragilidad, la propensión a la recaída en lo anterior a esa “iluminación”, que resulta pasajera y, en definitiva, poco eficaz. (p 146)

Es curioso que la serenidad, la mesura, la caballerosidad, las buenas maneras, sobre todo si se unen a la veracidad y el valor, tienen “mala prensa”. Sorprende ver la hostilidad que despiertan en algunos los ejemplares, por desgracia no muy frecuentes, de esos rasgos que acabo de enumerar. Y esta situación debería ser aleccionadora: causa de adhesión para los que merecen ser admirados, de desprecio para los que se indignan de esa ejemplaridad. Imagínense un proceso electoral, a cualquier nivel, desde el local hasta el europeo, que se rigiera por estos criterios. (p 147-148)

Pienso en que, más allá de las instituciones, organizaciones, partidos, medios de comunicación, que tantas veces contribuyen a un estado de desorientación, hay una instancia suprema, mucho más importante, que es la que finalmente decide: las personas, los hombres individuales, libres, responsables, que tantas veces hacen dejación de esos atributos indeclinables y se dejan manipular. A última hora son los sujetos de lo que acontece, los que viven y eligen cómo hacerlo, los que sufren las consecuencias de sus renunciaciones, los que pueden recobrar lo que les pertenece y afirmar su voluntad, sus deseos, sus estimaciones y valoraciones, sus proyectos.

Hay fenómenos extraños y que no acaban de comprenderse; uno de ellos es que los países suelen cansarse de que las cosas estén bien. Esto produce una curiosa actitud de despego, de infravaloración de lo existente, la impresión de que aquello es una “vulgaridad” que urge abandonar para seguir otra orientación. A la inversa, sorprende la perduración de situaciones desafortunadas, lamentables, llenas de defectos y errores, que se mantienen largos años, y no necesariamente por la fuerza, sino por el apoyo o la pasividad de grandes porciones de la población. (pp 149-150)

Si los individuos se enteran verdaderamente de lo que pasa, de lo que cada uno representa, de lo que busca, si juzga los méritos respectivos o su ausencia, se logrará la necesaria orientación. Pero hay que recurrir a la última instancia: a las personas como tales, en su libertad de elegir su vida. Todo lo demás, repito, todo, es secundario, conveniente pero insuficiente. (p 152)

Cuando veo a alguien que muestra serenidad, corrección, educación, energía, claridad de pensamiento y palabra, siento una oleada de confianza y esperanza; cuando alguna de estas cualidades falta, empieza mi inquietud, mi descontento. Pero cuando aparece en pantalla alguien que miente, que falta a la verdad, que falsea los hechos, por ejemplo la historia, o lo

que otros han dicho, que calumnia, mi descalificación es inmediata y decisiva: se trata de alguien de quien no puedo fiarme, en quien no podré depositar la menor confianza.

Algo semejante en inspira quien aparece dominado por el odio, por el rencor, por alguna pasión inconfesable. La grosería, la mala educación, la cólera desatada contra los adversarios - o contra los próximos discrepantes- indica una calidad humana lamentable.

Las malas compañías son también perturbadoras... (p 154)

(Por qué la gente no se rige por lo que sienten en su intimidad) Las causas son muchas y dispares. Enumeremos algunas. La primera, la falta de atención; muchos resbalan sobre lo que ven u oyen, no acaban de enterarse, no le dan importancia; en segundo lugar, la mala memoria: no se recuerda lo que hizo buena o mala impresión, no se retiene el entusiasmo o la repugnancia que inspiró una situación ya lejana. Añádase a esto la desorientación cuidadosamente planeada que se está ejerciendo por diversos medios de comunicación sobre la sociedad. Se da por supuesto que “todo vale”; se vierte sarcasmo sobre lo que se quiere desprestigiar; se equipara lo “frecuente” con lo “normal”, esto con lo “lícito”, esto con lo “moral”. El rasgo dominante en el mundo actual no es la inmoralidad sino la desorientación. Por eso es difícil la claridad sobre la calidad de las personas, improbable que se tenga en cuenta.

No se me oculta que existe otro factor, parcial pero decisivo. Hay un número de personas, sin duda considerable, que son “incondicionales”... Hay algunos núcleos de “fanatismo” -esta es la palabra adecuada- con los que hay que contar. (pp 155-156)

...El negativismo está reñido con la imaginación. Los que se dedican a descalificar la realidad sin más - (...) - son constitutivamente incapaces de imaginar. Solamente la apertura a la realidad, la convicción de que esta es rica, fecunda, inagotable, porque está henchida de posibilidades, pueden anticipar el futuro y buscar para él una imagen atrayente.

Pero hacen falta ciertas condiciones para que la imaginación sea adecuada y eficaz. Ante todo, la fidelidad a lo existente, la posesión de lo que “hay”, de los recursos de los que hay que partir; y en ello cuento las dificultades, los problemas, los errores cometidos y que hay que enmendar. Nada hay más “realista” que la imaginación, que no consiste en “echar a volar” caprichosamente una fantasía vaga, sino en prolongar con rigor y exigencia los rasgos de lo que se encuentra, que son el inexorable punto de partida.

Y el pasado es un elemento capital de esa realidad, la acumulación siempre renovada y, lo que es más, interpretada, de una historia que en muchos casos -(...)- es milenaria. Esa historia condiciona, ciertamente, nuestro porvenir, pero no lo determina, porque al hombre le pertenece inexorablemente su forzosa libertad, y por eso consiste en innovación. El pavoroso olvido de la historia está obturando el horizonte de países que han sido ilustres y están en peligro de dejar de serlo; porque -no se pierda de vista- la vida es permanente inseguridad.

Todavía es peor que el desconocimiento o el olvido la suplantación, la falsificación del pasado...

(pp 157-158)

La exigencia primaria de la concordia es la veracidad. Acabo de decir que las opiniones son múltiples y pueden ser erróneas; si son errores sin más, sesiones desacertadas omisiones de algo que se pasa por alto, exageraciones de algo verdadero, la veracidad no padece gravemente y tiene remedio: se puede mostrar el error y hacer que se corrija y rectifique. Otra cosa es la mentira, la desfiguración deliberada y consciente de la verdad, la perversión de la palabra. Esto hace un daño irreparable, viola los derechos de la realidad causa heridas

incurables a la convivencia. Si se examinaran con algún detalle los grandes males que han afligido a la humanidad, se vería cómo en su origen está casi siempre la mentira.

Otra condición imperativa de la convivencia es la voluntad de no hacer daño. Se pueden defender los propios intereses, intentar que las cosas se orienten de modo favorable a ellos, alcanzar poder e influjo, anteponer lo propio a lo ajeno. La imperfección humana hace que otra cosa sea ilusoria. Pero lo inaceptable es hacer daño a los demás, procurar su mal, no solo impedir su triunfo, sino herirlos y empeorar su situación.

(Cfr. el “salirse con la suya” pase lo que pase)

Otra condición de la concordia y la convivencia es la reducción al mínimo de la agresividad. Hay gentes que no pueden hablar sin agredir, insultar, calumniar. Hacen profundas heridas personales, que suelen encontrarse y dificultar la convivencia. A esas palabras se suele responder con otras igualmente exasperadas y agresivas, y ese es precisamente el principio de la discordia. (pp 176-177)

Es cuestión de iniciativa. Frente a los que la toman en exclusiva y procuran sofocar la de los demás, debería haber equipos dedicados a fomentarla, a excitarla, a suscitar la libertad que no se resigna a la pasividad; y, por supuesto, lo decisivo es que cada uno tome por su cuenta la iniciativa y se esfuerce por ser el que quiere ser, el que siente que tendría que ser, y no el que le impongan, por la fuerza o con argucias. (p 186)

En otras palabras, que, así como los males de la libertad, que me parecen innegables, no se curan suprimiéndola, sino con más libertad, la de todos, que deben ejercerla y no ser manipulados por ciertas fracciones la libertad de expresión exige su universalidad y no su ejercicio parcial y privilegiado.

Y al lado de lo que se dice hay que poner “lo que no se dice”. La omisión indebida es otra forma de intromisión en los derechos ajenos... (pp 188-189)

... El hecho de que la única misión de un partido sea “oponerse” a otro es una perversión de la democracia. Sobre una amplia zona de coincidencias deben aparecer las discrepancias, las contraposiciones, que se deben discutir, justificar, con hechos y razones, usando la libertad de expresión. (p 190)

...la abstención es peligrosa, despoja de contenido al sistema, priva del derecho de quejarse al que ha renunciado al de influir en el destino del país. (P 191)

En mi perspectiva, las elecciones son, ante todo, el acto por el cual se pone en las manos de alguien el país o porciones de él. “En tus manos encomiendo mi espíritu”, reza el salmo que repite Cristo en la cruz. No se trata de algo tan elevado, misterioso o definitivo, pero es el esquema de la vida humana, y muy especialmente de la convivencia de los pueblos.

Al elegir no se confiere simplemente un “poder” a alguien que va a ser titular de él; se pone es sus manos un país, o una parcela de él, o un aspecto de su vida colectiva. Las elecciones, como yo las veo, son un acto de confianza. (pp 192-193)

Parece que hay que producir mucho más -se entiende, más cosas...-, todo menos personas, que parece lo más interesante y valioso. Se dice que el mundo está lleno, pero la verdad es que en gran parte está medio vacío, y aun en los países que tienen “exceso” de población, lo que de verdad tienen es falta de organización, de generosidad, de sentido de lo que es personal.

La prodigiosa técnica del siglo pasado, fuente de innumerables posibilidades, no se va a perder, va a pasar, acrecentada, al siglo XXI, tal vez con varias amenazas que pueden ser

siniestras, por falta de una técnica más: la del uso de ellas, que las subordinaría a sus misiones personales, es decir, al servicio de las personas. (p 204)

Lo más urgente es “ponernos a nivel”, superar la regresión consumada, tomar posesión de lo que se ha creado y está a nuestra disposición. Tenemos que ser herederos -esa es la condición humana- y no antepasados de nosotros mismos.

Ahora se habla -demasiado- de “globalización”; bajo esa palabra se oculta la falacia de que el mundo actual es uno. No es verdad; hay varios, no enteramente comunicables, imperfectamente comprensibles; pero todos están presentes, y hay que tenerlos en cuenta. (p 206)

CITAS INTERESANTES: **9-10** (convivir, no coexistir. Concordia, respeto de lo que es verdad: la estructura de la realidad); **28** (tolerancia, pero no se puede sacrificar la realidad); 41-42 (negativismo: sustituir la realidad por un hueco); **101-103** (el diablo: el espíritu que siempre niega: una enfermedad personal); 111-112 (una persona sana dedica la mayor parte de su atención a lo que no es ella: proyectos. Descontentadizos incurables); **113** (no tener libertad es malo, pero es mucho más grave no ser libre); 113-115 (con los cautivos voluntarios no se puede discutir, ni siquiera hablar: la filiación a lo que sea); 122 (diálogo: veracidad y coherencia); **123** (guerra civil: las cosas agresivas, irresponsables, falsas que se dijeron a ambos lados); **124** (la realidad es lo más tenaz porque no desiste); **137-138** (espíritu positivo y negativo); **140** (los que se oponen, descalifican y condenan. Ninguna persona es despreciable, lo son sus actos, su conducta); **144** (ningún pensamiento complejo será popular); 149-150 (al final, los que deciden son las personas libres. Curiosos fenómeno de que los países suelen cansarse de que las cosas estén bien); **152** (la última instancia es la persona libre capaz de elegir); **154** (personas fiables y no fiables); **155-156** (por qué las personas no se rigen por lo que sienten en su intimidad. Cfr. los incondicionales); **176-177** (en el origen de los grandes males de la humanidad está la mentira. Cfr. condiciones para la concordia); 186 (hay que tener iniciativa y esforzarse por ser lo que se quiere: no dejarse manipular); **190** (perversión de un partido: oponerse al otro); 191 (la abstención es peligrosa); 204 (la técnica al servicio de la persona).